

Roma, 1950

Equilibrio divino¹

«In patientia vestra possidebitis animas vestras» (Lc 21, 19)².

Con esta palabra Jesús nos enseña a vivir bien el momento presente de nuestra vida: a vivirlo en profundidad, con perfección, completamente. Y en el cristianismo cuenta esto: cumplir bien las cosas.

En efecto: «El que bien empieza ya está a mitad de la obra», es un proverbio de la sabiduría humana, bueno sin duda, pero no está hecho para todos. En cambio: «El que persevere hasta el final, éste se salvará» (Mt 10,22), es de la Sabiduría divina.

El Señor sabe que el comienzo de todos los hombres, excepto María, es un mal comienzo por el pecado original. No por nada Él se hizo hombre para salvarnos. Por consiguiente, lo que importa es acabar bien: entrenarse para ese instante del que depende la eternidad.

Él nos enseña a conducir bien nuestras cosas, a aplicarnos en todo lo que hemos de hacer en la vida con ese amor paciente que sabe sufrir bien, que mantiene vivo en nosotros el control de nuestra alma, hasta poseerla. En nuestra alma está Dios, y si la poseemos, siendo siempre dueños de ella en nuestra vida presente, custodiamos en nosotros -como tabernáculos- a Dios presente en ella.

Esta palabra de vida nos ayuda a recordar y vivir la presencia de Dios en nosotros. Esto se da directamente cuando se reza, se medita, se está solo; indirectamente cuando se vive una voluntad de Dios que nos lleva a prestar toda nuestra atención fuera de nosotros, como cuando hay un hermano al que amar o un trabajo que realizar.

Muchas veces el estar entre las personas, o sumir nuestras facultades en trabajos, como el estudio, el empleo, etc., distrae nuestra intimidad con Dios y no sentimos su paz ni esa dulzura que comunica la presencia de Dios.

No obstante que hayamos comenzado un trabajo por él o que estemos en contacto con personas religiosas, después de un tiempo vemos que nos hemos distraído y el yo ha ocupado el lugar de Jesús en nosotros, hasta el punto de que cualquier cambio de la voluntad de Dios sobre nosotros cuesta, y el trabajo mismo en que estamos inmersos nos aburre.

Todo ello depende del hecho que hemos perdido el control de nuestra alma, su posesión. Esto sucede porque no hemos sabido tener la paciencia con la cual se posee el alma. Viviendo esta palabra, nuestra vida cambia: se desvanecen las palabras inútiles, todo se pone en orden tanto en nosotros como a nuestro alrededor, el trabajo rinde mucho más, se adquiere la paz estable, no se cometen omisiones, se escucha la voz de Dios, el alma está constantemente iluminada por Dios, se impiden una serie de actos puramente humanos que al no ser sobrenaturales, vacían el alma y apagan la luz.

Puesto que esta palabra habla sobre todo de recogimiento y nos concentra en el pensamiento de poseer nuestra alma, la podría interpretar mal -si no se entiende desde Jesús- quien recogién dose con un excesivo amor a la propia alma en comparación con la de los otros, cuando está en contacto con el prójimo se mantiene cerrado, apagado y enmudecido. Quiere decir que hay algún apego a sí mismo y poco amor por el Amor que en nosotros nos impulsa siempre a amar.

En estas almas se entrevé un algo que parece artificial y muerto. Ésta, como todas las palabras de Jesús, requiere el equilibrio en nosotros: que no se exceda ni en un sentido ni en el otro.

Todo exceso no le permite a Jesús manifestarse en nosotros.

¹ Publicado en Città Nuova, 12 [1968], 18, p. 41

² Para este comentario suyo sobre Lc 21, 19, que se remonta a los años cincuenta, Chiara Lubich retomó el texto de la Vulgata que, traducido literalmente, significa: «Con vuestra paciencia poseeréis vuestras almas». La traducción de la Conferencia Episcopal Italiana dice: «Con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas» [N.d.C.].

El alma que ama bien –y que por tanto pone en práctica sus palabras- es la que sabe donde está Dios: si vive una voluntad de Dios externa, como por ejemplo estar en un trabajo, se lanza totalmente en ese trabajo para ser su voluntad viva. Pero no se olvida que lo tiene en el alma y que está en cada hermano. Sabe además que Dios está presente en todas partes y que la mira siempre. Y si bien está proyectada en esa divina voluntad donde principalmente Dios la quiere, lo ama donde sea y sabe dejarlo a un lado si la Voluntad de Dios cambia, para encontrarlo en la otra.

Y se puede amar contemporáneamente a Dios en nosotros y a Dios fuera de nosotros. Basta pensar en el amor materno, tan bello, aunque limitado; y sin embargo es tal que le permite a una madre amar a todos sus hijos aún cuando se está ocupando de uno solo.

El amor sobrenatural en nosotros debe tener la altura, la anchura, la profundidad, la universalidad, la particularidad del amor de Dios. «Amaos unos a otros como yo os he amado».

Nuestro equilibrio no es únicamente quietud, ni sólo movimiento, ni la mezcla de ambos. Se puede comparar con una cuerda tensa y de la cual tiran por ambos lados dos fuerzas iguales. Si uno por impaciencia descuida la presencia de Dios dentro de su alma, su vida –aunque muestre caridad fraterna- es una caridad frívola, ligera, superficial y peligrosa, porque no se asienta sobre la Roca: no es, pues, caridad. Esta alma se muestra como una peonza. Por otro lado, si una persona está replegada en sí misma, sin el amor, está muerta.

El alma que tiene el verdadero amor es como María, la Madre del cielo, totalmente poseída por su Dios, sólo por Dios, a quien encontró en ella en el recogimiento de su vida antes de la anunciación, en la voluntad de Dios que le manifestó el ángel, en el niño Jesús, en la Cruz, en san Juan, en la llamada de lo alto en la Asunción. Dios lo es todo para ella, porque poseyó su alma con la paciencia.